

Santa Navidad 2018

Queridas hermanas, queridos hermanos,

Hemos llegado a la Natividad del Señor. Después de haberlo esperado durante el tiempo litúrgico de Adviento, ahora lo contemplamos presente en medio de nosotros. Ahora podemos mirarlo con los ojos, tocarlo, escucharlo, quedarnos junto a él.

Cada nacimiento es precedido de una espera; la espera de nueve meses del embarazo precedida por la espera creada por el deseo de tener un hijo y, antes aún, la espera de una vida junto a una persona que amo y que me ama y, todavía mucho antes, la espera que coincide con el hecho mismo de estar vivo, la espera de que se cumpla la promesa inscrita en mi existencia.

Todo nacimiento es precedido de una promesa que hemos escuchado y en la cual hemos creído y que queremos a su vez repetir a otro ser humano: la promesa de que seré amado y que podré amar. Si deseo hacer yo también esta promesa a otro ser humano, es porque la promesa hecha a mí se ha cumplido en alguna medida. De otro modo ¿Cómo podré estar dispuesto a asumir el empeño de cumplir una promesa que, vistos los hechos, se ha revelado más bien engañosa? Y, por otra parte, ¿Que sería de la humanidad si perdiese la capacidad de recibir y transmitir esta promesa? Sería una humanidad sin alma, sin alegría, sin esperanza; una humanidad que, aún moviéndose y agitándose, no estaría viva. Es el pueblo que camina en las tinieblas del cual habla Isaías. Y nosotros, hombres, somos a menudo así, nos balanceamos entre la luz y las tinieblas, entre la vida verdadera y la supervivencia, entre el generar vida y consumirla. Las promesas en las que hemos creído corren siempre el peligro de no cumplirse.

Pero precisamente por esto celebramos hoy el nacimiento de Jesús, nuestro Salvador y anunciamos el evangelio de la Encarnación. Al hombre que no consigue ya escuchar la promesa escrita en su existencia y transmitirla a otro ser humano, Dios dice: esta promesa la cumplo yo y la transmito en tu lugar. Jesús viene después de una espera, pero no proviene de la espera. «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado», un hijo que nosotros no hemos engendrado, que la historia humana no es capaz de engendrar, sino que más bien nos engendra, nos regenera para que todos podamos ver que la promesa hecha en la creación no es una ilusión y nosotros no somos el producto de una casualidad ciega e inconsciente; que la promesa que nos hicieron nuestros padres al traernos al mundo, aunque mantenida con esfuerzo por ellos, no es un fracaso; que la promesa hecha a nosotros al llamarnos a esta o aquella vocación, a esta o aquella misión, aunque nos parece traicionada por la miseria y la decadencia que nos rodean, no ha sido una estafa.

Este niño ha nacido para nosotros, es nuestro y nosotros, con acierto, lo llamamos nuestra paz, nuestra gracia, nuestra gloria. «Ha aparecido la gracia de Dios que nos enseña a vivir en este mundo

con sobriedad, con justicia y con piedad» y, sobre todo, «en la espera de la manifestación de la gloria.» Ha aparecido la gracia pero, ¿Dónde ha aparecido? ¿Dónde podemos reconocerla? Yace sobre la tierra «¡Oh gran misterio y admirable sacramento! Los animales ven al Señor nacido yaciendo en el pesebre», canta una antífona navideña del medioevo. Los animales y los pastores, los hombres humildes, habituados a inclinarse, ven al Señor que yace por tierra sobre la paja. Es ahí, en el lugar más bajo, en el que aparece la gracia que nos salva.

Celebrando la Navidad, hermanos y hermanas, celebramos el lugar más bajo, aquél que Dios ha elegido para habitar ordinariamente. El lugar más bajo no es el abismo de la desesperación y de la abyección. Es la base sólida sobre la cual es posible apoyarse sin miedo a hundirse. El lugar más bajo no es nuestro pecado ni nuestro fracaso, sino el don, la gracia del hijo que nos ha sido dado. Desde allí extiende sus brazos para que lo levantemos, pero en realidad es él quien quiere alzarnos a sí, a lo más alto de los cielos, como ha hecho con María. Inclinémonos sobre el niño que nos ha sido dado y dejémonos alzar por Él.